

A propósito de Gandhi

LUIS DE DIEGO

Será un genio de la acción quien sepa responder a los instintos de su pueblo, a las necesidades de su tiempo, a la espera del mundo. Quizá ello explica el impacto que sigue causando hoy una vida, que en sí misma fue un mensaje: la de M.K. Gandhi, foco de interés actualmente, en las salas de cines de Venezuela y el mundo.

Se alimenta de arroz y frutas; no bebe más que agua; pesa 52 kilos; no posee nada que no pueda tener cualquier hombre; se acuesta en el suelo sobre una estera; ora intensamente; trabaja sin cesar; su rostro, poco agraciado, irradia una extraña belleza hecha de paciencia, amor y, en ocasiones, malicia y humor. Sencillo como un niño, dulce y amable incluso con sus adversarios, de una sinceridad inmaculada. Se juzga a sí mismo con modestia; no oculta jamás sus errores, algunos de ellos "enormes como el Himalaya"; pero no entra en componendas, no utiliza la diplomacia, y huye de todo efecto oratorio. Simplemente, su palabra transmite, en sentencias nerviosas, un enorme poder de convicción. Rechaza las manifestaciones populares que su misma persona desencadena: la adoración de la multitud le pone literalmente enfermo; no se siente a gusto más que en pequeños grupos, y feliz en la soledad; ahí escucha "la pequeña voz silenciosa", única guía en su apasionada búsqueda de la Verdad y de Dios —dos Absolutos que se equivalen—, último objetivo de su vida.

Este espiritual superpolítico arrastró a 350 millones de compatriotas, quebró al Imperio Británico, e inauguró en la política humana el más poderoso movimiento en dos mil años de historia. Un idealista práctico que se enfrentó a la opresión, el racismo y la desigualdad con un método singular: la no violencia activa. En Sudáfrica, una experiencia personal humillante, tal como aparece al comienzo de la película, le enseñó para siempre a decir "no", metiéndole de lleno en la lucha por la justicia.

BRAHMAN Y CRISTIANO...

Alguien dijo que Dios debió elegir al Mahatma ("alma grande", título que le dio el pueblo) para cristianizar a la cristiandad no cristiana. Paradójicamente él, un brahmánico, parecía la persona con más cristianismo. Era cristiano, brahmánico, musulmán y judío. ¿Quién

más lo es? Quizá por eso fue un mejor cristiano, no siéndolo oficialmente, que la mayoría de los cristianos. Para muchos, hizo, de Jesús y su mensaje algo real, eficaz. En pleno siglo XX su vida probó, sobre todo, que el cristianismo era una religión practicable. Decía en 1927: "Si hubiera tenido que enfrentarme nada más que al Sermón de la Montaña y a mi propia interpretación de él no habría titubeado en decir: Oh, sí, soy un cristiano. Pero puedo decirles negativamente que mucho de lo que pasa por cristianismo es una negación del Sermón de la Montaña". Fue el Nuevo Testamento el que despertó a Gandhi sobre la enorme fuerza de la no violencia activa como voluntad inquebrantable de oponerse a la injusticia. "Desbordaba de alegría leyéndolo", comentará. Y encontró su método de lucha: Hacer visible la injusticia; y, al hacerlo, estar dispuesto a sacrificar la propia vida.

Nos hemos apoderado del misterio del átomo, pero rechazamos el poco popular, y con frecuencia mal entendido, Sermón de la Montaña. Por ello, nuestra sociedad es un mundo de gigantes nucleares e infantes éticos; sabemos más de la guerra que de la paz. más de matar que de vivir. Si un indio llegó a convertirse en el vocero de la conciencia de la humanidad, fue porque al escuchar "la pequeña voz interior" percibió lo mejor de Dios en el hombre, y pudo así hablar por y a la conciencia de los otros. No fue un pacifista absoluto al modo de Tolstoi. Simplemente le dolió el hecho de que la violencia occidental le ganase la carrera, en países cristianos, a la moral cristiana.

¿RESISTENCIA PASIVA?

Su objetivo fue buscar la verdad, y hacerla triunfar por la fuerza del amor. Se le ha llamado "resistencia pasiva". Definición ambigua. Nadie tuvo más aversión por la pasividad que este luchador infatigable, uno de los tipos más puros del "resistente", de la "resistencia". No había una sola fibra pasiva en su carácter. El alma de su movimiento es la resistencia activa, vitalizada por el amor, la fe y el propio sacrificio. Que no venga el cobarde a disimular su flojera a la sombra de un Gandhi. Será arrojado de la comunidad. Es preferible un violento que un cobarde: "Donde deba elegirse entre cobardía y violencia, aconsejaré la

violencia. Cultivo la valentía tranquila de morir sin matar... Pero el cobarde que huye comete una violencia mental: huye porque no tiene la valentía de morir matando... Prefiero mil veces la violencia que no la castración de toda una raza. Pero —añade— la no violencia es infinitamente superior a la violencia. El perdón más viril que el castigo, cuando existe el poder de castigar. Porque el perdón no tiene sentido cuando viene de un ser impotente... No pienso que la India sea impotente. Cien mil ingleses no pueden asustar a setecientos millones de seres humanos. La fuerza no está en los medios físicos, sino en una voluntad indomable que diga no a la injusticia, oponiendo toda la fuerza del alma a la voluntad del tirano... Un solo hombre con esta fibra puede desafiar un imperio y provocar su caída". Podemos pensar que un mínimo de democracia es necesaria para un tal proyecto. Sin democracia no hubiera habido un Gandhi, juzgan algunos. Contra un Hitler, ¿valdría el método de la no violencia? "No sin antes pasar por gran dolor y sufrimiento", fue una respuesta, "pero, ¿qué guerra no lo trae también consigo? Es la injusticia la que duele, venga de donde venga". Lo central es captar que la fuerza reside en el espíritu del hombre, ante todo. En su decisión y en las acciones concretas que la sigan. Pero tendrá que pagar con el propio sufrimiento. Es la gran ley, y nadie escapa a ella. Pero, a más pureza en el propio sufrimiento, la victoria es más segura... Tenemos ejemplos martiriales "eficaces" en América Latina.

POLITICA Y RELIGION

Para Gandhi, la peor de las violencias es la miseria; y no existe mayor pecado que oprimir al inocente en nombre de Dios. Escribirá: "El único medio de encontrar a Dios es salir a su encuentro en la creación y consagrarse al servicio de los demás. No puedo encontrar a Dios fuera de la humanidad. Y mis compatriotas están tan abandonados, tan indefensos, tan abatidos, que he de hacer todo lo posible por ayudarles. Si la política se ocupa del bien de los hombres, lo normal es que el espíritu religioso se consagre a ella".

Y con clarividencia de profeta concluirá: "Puedo afirmar sin la menor vacilación, pero con toda humildad, que



no se puede comprender qué es la religión sin ver en ella su relación con la política". Política que entiende en el más noble, y menos practicado, sentido de la palabra cuando declara a un grupo de responsables político que acuden a recibir su bendición: "Desconfíen del poder, pues el poder corrompe. No olviden que su misión es servir a los pobres de las aldeas de la India".

¿Cuál fue la raíz de la acción para este hombre? Su fe en Dios, que es Verdad, y en el hombre. Su esperanza indeclinable en la utopía: el triunfo de la Verdad, la Justicia y el amor en esta tierra. No fue un místico de revelaciones espectaculares por parte de Dios. Pero fue un hombre de oración, que practicaba mucho antes del amanecer. La espiritualidad se revela en él eficaz, muy lejos de todo engaño y escapismo. Testimoniará en una ocasión: "La oración ha salvado mi vida. Si la oración no me hubiera sostenido, hace tiempo que habría perdido la razón. Atravesaba entonces las pruebas más duras de mi vida, pública y privada... Confío solamente en Dios, y como creo en El, me fío también de los hombres".

LA PELICULA

El director de la película, Richard Attenborough, nos dice que no pretendió otra cosa con ella que "entretener". Lo logra. Y, en ocasiones, la magnitud y fuerza del relato llegan a emocionar al espectador. Al pretender revivir con fidelidad "el espíritu de los hechos", se

convierte en un drama histórico lleno de tensión y de violencia. La película llama la atención por la seriedad de su propósito, amplia perspectiva y sólida construcción dramática. No se dirige tanto a la inteligencia del espectador cuanto a su corazón. El esfuerzo de realización fue notable: 22 millones de dólares su costo; seis meses de rodaje en la India; más de cien actores en papeles importantes; y un espectacular movimiento de masas: más de cien mil "extras" se apiñaron en la gran avenida central de Nueva Delhi a lo largo del desfile ceremonial hacia la gran pira funeraria.

No faltan las críticas: la primera de ellas sobre la inevitable simplificación del personaje; el escaso relieve otorgado a ciertas figuras claves: Nehru, Patel, Jinnah y, en general, a los notables políticos indios que convivieron con Gandhi. Y el haber concedido a la "parte blanca" de la película un peso excesivo.

Attenborough opina que era necesario señalar "las enormes implicaciones europeas que tuvo Gandhi"; y que, para hacer justicia a la posición británica —"que, reconozcámoslo", dice, "no queda muy bien parada"—, si aparecían Lord Irwin, último virrey, y el responsable de la masacre, general Dyer, también tendrían que aparecer el clérigo y la joven inglesa que cambió su nombre por el de Mirabehn, y se convirtió en acompañante de Gandhi. El peso concedido a la parte blanca se compensa, termina diciendo, con el enorme acto de contrición que plantea la mera persona del

protagonista.

Es Ben Kingsley, el actor indobritánico desconocido para el gran público, quien encarna al protagonista. Su presencia y su trabajo opaca al resto. El parecido físico logrado hasta en la manera de caminar, los matices en el acento e intensidad de la voz, su transmutación total en el personaje, dan a la película un acertado centro de gravedad. Al modo que Gandhi se hizo progresivamente más indio, más auténtico, menos sofisticado, la presencia y voz del actor, cuidadosas en extremo, son testigos fieles de ese proceso en vida y filosofía. Su mirada, cual la de un pájaro inquieto, observador, astuto, sabe también recrear el mensaje de una vida a través de los ojos. "Mi humanidad y mi compasión han sido estimuladas por Gandhi", confesó. Logra transmitir el espíritu del personaje: la timidez inicial; su influencia progresiva en el medio político indio, el dominio de la estrategia unido a su encanto personal con la gente, la decisión, el ascetismo, hasta sus crisis personales y su algo de extraño ("eres humano, sólo humano", que le dirá su mujer), todo ello queda incorporado en una actuación sobria, eficaz y convincente.

Hay en la película escenas memorables: la masacre de Amritsar, la marcha de la sal, la muerte de la esposa, los diversos discursos y juicios; el ayuno hasta la muerte.

El guión es lineal y posee fuerza. Pero, forzosamente, simplifica una historia y una vida que fue dramática, en aciertos y errores, pero llena de humanismo. Una vida lenta. Llena de paciencia.





GANDHI Y LA INDIA

El libertador de la India no necesita que lo mitifiquen. El mito es el camino más rápido para olvidar sus enseñanzas. Fue un libertador que dio una impronta específica a la independencia de su país. El "Bapu", (padre), como le llamaban con afecto, fue un demócrata integral. Y democrática es la nación que nació de sus manos y su espíritu.

Pero poco más queda. La India quedó convertida en tres naciones, junto con Pakistán y Bangladesh, fruto de cruentas luchas fratricidas en 1947, 1965 y 1971. Todavía, a primeros de marzo de este año, se reanudaron las matanzas en el estado de Assam, de mayoría hindú, contra desprotegidos inmigrantes de Bangladesh. Campea la miseria y la corrupción generalizada de su

burocracia y clases dirigentes. Con 700 millones de personas —que serán mil en el año 2000— la India es un país que presume de su colocación en el décimotercer lugar del ranking mundial en PNB; más cuando analizamos su ingreso por habitante, desciende al abismo del puesto 161 sobre un total de 174 países. En las ciudades se hacinan millones de marginados que huyen del campo paupérrimo. Un país con el más alto índice de niños trabajando: 17 millones. Y, sin embargo, caprichos de liderazgo en Asia meridional la han llevado a convertirse en una potencia militar que fabrica bombas atómicas de plutonio. ¿Para qué? ¿Para quién?

Quizá la doctrina político-económica de Gandhi sea inaplicable hoy, como se dice, para gobernar países su-

perpoblados y casi paralizados por el subdesarrollo. Subdesarrollo en gran parte inducido por un desarrollismo anárquico y desconcertado, desviado de lo que deberían ser sus líneas básicas. Habría que demostrar, sin embargo, que los pequeños hallazgos prácticos de ciertos "utópicos" no siguen teniendo fuerza y eficacia hoy, aunque sólo sea para alimentar al que está muriendo de hambre. Es interesante el que hoy en la India, donde muchas de las enseñanzas de Gandhi son ignoradas, su economía de organización personal y comunitaria, considerada en un tiempo retrógrada o ingenua, va siendo crecientemente aceptada por los socialistas, por ejemplo, y por algunos miembros del gobierno.

Y algo quedará siempre vivo del testimonio de un hombre: que debemos seguir diciendo un "no" valiente a ciertas situaciones y políticas. Si existe bastante gente que le diga a su gobierno —llámese Reagan, Andropov o Thatcher, quien se lo merezca—: "Miren, estamos hartos de esto, y queremos que sepan que no aceptamos que reduzcan nuestros niveles de vida, de medicina y alimentos, para ver quién corre más con las armas; hay que encontrar otra solución", quizá un día, si el movimiento crece, se pueda llegar a vivir aquello que Gandhi repetía continuamente, como un eco de las palabras de Cristo: Todos somos hermanos. Utópico. Como es utópico, cierto, el Reino de Dios, pero anclado ya en la realidad y en posibilidades concretas, en responsabilidades concretas.

Gandhi puede enseñarnos, en nuestro aquí y ahora del país, el poder del espíritu sobre lo material; la vigilancia frente al consumismo, la corrupción y las falsas políticas. Y estimularnos a colocar los principios por encima de las posesiones, con un inmenso respeto por el hombre —cuerpo y espíritu— más necesitado.

Y si la película nos lleva a preguntarnos más por este hombre admirable(1) y, sobre todo, a actuar con coherencia, es suficiente. Puede verse. Lo de los Oscars no importa tanto.

(1) Para mayor información puede leerse:

FISCHER, Louis: *Gandhi. Su vida y su mensaje al mundo*. Edit. Diana. México, 1977. (También publicado por Plaza Janés).

GANDHI, M.K.: *Todos los hombres son hermanos*. Ediciones Sígueme. Madrid, 1974.

LAPIERRE, D. - COLLINS, L.: *Esta noche la libertad*. Plaza Janés. Ed. Barcelona, 1975.

